

NUEVA ETAPA
EVANGELIZADORA



JOSÉ ANTONIO PAGOLA

Cristo
resucitado
es
nuestra **3**
esperanza



Diseño: Estudio SM

- © 2016, José Antonio Pagola
- © 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

PRESENTACIÓN

Este trabajo forma parte de un proyecto para dinamizar las parroquias y comunidades cristianas respondiendo a la llamada del papa Francisco, que nos invita a impulsar una nueva etapa evangelizadora. Estas son sus palabras: «Quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora, marcada por la alegría de Jesús, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años»¹. El objetivo concreto de este proyecto es ayudar a las parroquias y comunidades cristianas a impulsar de manera humilde, pero lúcida y responsable, un proceso de renovación.

Después de una obra dedicada a *Recuperar el proyecto de Jesús* y una segunda titulada *Anunciar hoy a Dios como buena noticia*, aquí abordo un tema decisivo: *Cristo resucitado es nuestra esperanza*, orientado directamente a reavivar el aliento de las comunidades cristianas y a despertar la esperanza, con frecuencia bastante adormecida.

A veces olvidamos que ha sido el encuentro con Jesús resucitado y su presencia viva en las primeras comunidades lo que hizo posible de nuevo el seguimiento. Es el Resucitado quien llama de nuevo a sus discípulos, restaura la relación con ellos y define el camino que han de seguir. La posibilidad de seguir a Jesús vivo a través de toda la historia empieza en

¹ PAPA FRANCISCO, *La alegría del Evangelio* 1 (en adelante EG, por sus primeras palabras en latín: *Evangelii gaudium*).

realidad a partir de la resurrección de Jesús. Nosotros no seguimos hoy a Jesús guiados por su presencia física, como los discípulos en Galilea, sino sostenidos y alentados por el Espíritu del Resucitado, que habita en nuestros corazones y actúa en nuestras comunidades.

¿Qué ofrezco en este nuevo trabajo? Antes que nada hemos de tomar conciencia de que a nuestras parroquias y comunidades les está llegando «la hora de la verdad». Así titulo el capítulo primero. El cristianismo, tal como es vivido por no pocos, no podrá subsistir por mucho tiempo. O nos abrimos interiormente a la fuerza del Resucitado o se irá extinguiendo en pocas décadas. Tal como es vivida en no pocas comunidades, la fe cristiana no tiene hoy fuerza para suscitar verdaderos «discípulos» de Jesús ni «seguidores» que, identificados con su proyecto, trabajen por abrir caminos al reino de Dios. Con frecuencia solo generan «adeptos» a una religión, es decir, miembros de una institución que cumplen más o menos lo establecido. Pasar de esta situación a comunidades marcadas por el contacto vital con Jesucristo significa hoy para la Iglesia un «segundo nacimiento» digno del primero, pues no se trata simplemente de algunas reformas o adaptaciones de carácter pastoral o litúrgico, sino de una transformación a nivel de interioridad espiritual, generada, sostenida y desarrollada por la acción creadora del Resucitado.

No podemos reducir la resurrección de Jesús a un acontecimiento sucedido en el pasado, hace algo más de dos mil años. Hemos de preguntarnos cómo podemos hoy nosotros encontrarnos con Cristo resucitado, y cómo y por qué cauces podemos experimentar la fuerza y la creatividad que brotan

del Espíritu del Resucitado, que es siempre «dador de vida». En el capítulo segundo, titulado «Encontrarnos con el Resucitado», nos acercamos de manera sencilla a algunos rasgos de la experiencia de los primeros discípulos para sugerir caminos humildes que nos animen a vivir hoy entre nosotros la paz, la alegría y el perdón que se nos regalan también a nosotros; para acoger su fuerza vivificadora; para resucitar lo que está muerto en nosotros; para comprometernos a luchar siempre por la vida donde otros ponen muerte o para ser, sencillamente, testigos de su resurrección.

El capítulo tercero lo titulo «Cristo es nuestra esperanza». Después de tomar conciencia de que vivimos en una sociedad necesitada de esperanza, afirmo que nuestra esperanza tiene un nombre: Jesucristo; y que se funda en un hecho: su resurrección. Desde Jesucristo resucitado hemos de aprender a creer en el «Dios de la esperanza», en el que descubrimos el «futuro último» de la historia, y a construir hoy la Iglesia como «comunidad de esperanza». Trazo luego algunos rasgos básicos de la esperanza cristiana y sugiero algunas tareas para nuestros días, como abrir horizontes a la vida, criticar la absolutización de lo presente o introducir contenido humano en el progreso. Termino apuntando algunas claves para promover la creatividad de la esperanza cristiana: frente a un «nihilismo fatigado», confianza en Dios; frente al pragmatismo científico-técnico, defensa de la persona; frente al individualismo, solidaridad; frente a la indiferencia, misericordia.

El lugar privilegiado para vivir nuestro encuentro con el Resucitado es, sin duda, la celebración de la eucaristía del domingo, día del Señor. Mi exposición de este capítulo cuarto,

que titulo «La eucaristía, experiencia de amor y de justicia», va a tener tres partes. En la primera trato de mostrar cómo nuestras ambigüedades y mediocridad frustran la eucaristía como sacramento de amor y solidaridad fraterna. En la segunda expongo cómo y por qué la eucaristía exige, para ser celebrada con verdad, el compromiso de la solidaridad fraterna y la lucha por la justicia de Dios: hablo en concreto de la eucaristía como cena del Señor, fracción del pan, acción de gracias, memorial del Crucificado y presencia viva del Resucitado. Por último ofrezco algunas sugerencias concretas para vivir la eucaristía del domingo como fuente de justicia y de amor en las parroquias y comunidades cristianas.

En el capítulo quinto, que he titulado «Orar con el Espíritu del Señor», solo pretendo sugerir caminos para recuperar o mejorar nuestra comunicación personal con Dios. Comienzo hablando de la oración como hecho humano para mostrar cómo en lo más hondo del ser humano se abren caminos hacia la oración y el encuentro con Dios: del grito del necesitado a la búsqueda de Dios; de la alegría de vivir a la alabanza; de la queja a la confianza; de la culpa a la acogida del perdón; de la caducidad a la esperanza. Trato después de la oración cristiana, apuntando algunos rasgos básicos: invocar a Dios como Padre, dialogando con un Dios personal, con la confianza de hijos queridos, desde la responsabilidad de sentir a todos como hermanos. Trato a continuación del Padre nuestro, única oración que Jesús ha dejado en herencia a sus seguidores, mostrando la originalidad de su contenido revolucionario. Termino ofreciendo algunas sugerencias para recuperar la oración cuando ha sido abandonada casi por

completo, o para reavivarla cuando ha quedado reducida a rutina y mediocridad.

He titulado el capítulo sexto así: «Fidelidad al Espíritu en tiempos de renovación». Comienzo por señalar las graves consecuencias que se siguen cuando olvidamos la acción del Espíritu en nuestras comunidades. Expongo luego que el primer servicio del Espíritu a la Iglesia es conducirla a la obediencia a Jesucristo como su único Señor. A continuación insisto en la importancia de estar atentos a la acción del Espíritu en toda la Iglesia. Me detengo después en diversos aspectos que hemos de cuidar en las comunidades para responder al impulso misionero del Espíritu con fidelidad, confianza y audacia. Subrayo luego la importancia de la docilidad al Espíritu del Señor, creador de comunión y fuente de creatividad. Por último señalo que una Iglesia ungida por el Espíritu de Jesús se ha de sentir siempre enviada a los pobres y desgraciados.

Terminaremos nuestro recorrido con un capítulo que he titulado: «Esperar nuestra resurrección». Comienzo este último capítulo recordando que solo resucitando con Cristo entramos para siempre en el misterio insondable de Dios. Luego evoco de manera sencilla la comunión amorosa con Dios, en la que encontraremos la plenitud de nuestra vida. Señalo a continuación que esta plenitud abarcará todas las dimensiones de nuestro ser, incluida la corporalidad. Muestro después cómo la comunión amorosa con Dios se convertirá en fuente de amor pleno y feliz entre todos sus hijos. Recuerdo a continuación que esta vida eterna la viviremos en «unos cielos nuevos y una nueva tierra en los que habitará la

justicia». Concluyo apuntando la importancia de que los cristianos aprendamos a pregonar ya desde esta tierra nuestra felicidad eterna en el cielo.

También en este trabajo sugiero, al final de cada capítulo, algunas cuestiones o preguntas para estimular la reflexión pastoral en las parroquias y comunidades cristianas (en pequeños grupos, en los Consejos pastorales o entre los responsables y animadores en los diferentes campos). Estoy convencido de que podemos dar pasos sencillos y eficaces para reavivar el aliento y la esperanza de nuestras comunidades. Sería un paso cualitativo de gran importancia reafirmar y acrecentar nuestra fe práctica en la acción renovadora del Espíritu del Resucitado en medio de nosotros. Él puede transformar nuestros corazones y nuestras parroquias. Esa es mi convicción y mi deseo.

LA HORA DE LA VERDAD

1. La falta de vigor espiritual

La Iglesia no posee hoy el vigor espiritual que necesita para cumplir adecuadamente su misión enfrentándose a los retos del momento actual. Sin duda son muchos los factores y las causas, tanto dentro como fuera de ella, que pueden explicar esta mediocridad espiritual como fenómeno bastante generalizado en nuestras parroquias y comunidades cristianas, pero tal vez la raíz principal esté en la ausencia de contacto vital con Jesucristo que se puede observar en los diversos sectores de la Iglesia.

Muchos cristianos viven correctamente su religión dentro de la gran institución eclesial, cumpliendo fielmente sus obligaciones aprendidas desde la infancia, nutridos por la tradición doctrinal y moral recibida, pero sin conocer la fuerza que se encierra en Jesús, el Cristo, cuando es vivido y seguido por sus discípulos desde un contacto íntimo y vital. De ordinario no son muchas las comunidades cristianas que conocen las posibilidades que se encierran en el seguimiento a Jesús y en el contacto vivo con el Resucitado. No sospechamos la transformación que se produciría hoy mismo en ellas si la persona viva de Jesús y su Evangelio ocuparan el centro real de su vida.

Jesús no es conocido, no es amado, no es sentido ni seguido como lo fue por sus primeros seguidores. A veces ni siquiera los responsables de las Iglesias diocesanas y de las comunidades cristianas conocen su vida y su proyecto en su originalidad fundamental. Muchos simplemente lo confiesan y adoran como Dios desde una percepción doctrinal de su misterio, algo fundamental y necesario, sin duda, pero también insuficiente en estos momentos. De hecho, ese Jesús no seduce ni atrae. No tiene fuerza para convertirnos en sus seguidores.

Probablemente, esta ausencia de un contacto más vital con Jesucristo sea el mayor obstáculo para impulsar la renovación a la que el papa Francisco nos está llamando. Es significativo que, al invitarnos a iniciar «una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría de Jesucristo», lo primero que nos dice Francisco es esto: «Invito a cada cristiano, en cualquier situación en que se encuentre, a renovar su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por él, de intentarlo cada día sin descanso» (EG 3).

a) Cristianos de creencias

No pocos cristianos se adhieren sin fisuras a la visión cristológica que les ofrece la Iglesia, pero no se sienten atraídos a buscar un conocimiento interior de Jesús más concreto, más vivo y más fiel a la memoria que nos ha quedado de él. Escuchan con atención a los predicadores, pero no se interesan por conocer mejor el proyecto del reino de Dios inaugurado y promo-

vido por Jesús: no entra en el horizonte de su experiencia religiosa colaborar hoy en ese proyecto inspirándonos en su Evangelio. Por otra parte, alimentan su fe en la práctica habitual de los sacramentos, pero con frecuencia no viven alentados por la presencia viva de Cristo resucitado en sus corazones.

Para tomar conciencia más clara de esta situación, que nos puede pasar inadvertida, algunos hablan de que la tragedia de nuestra Iglesia contemporánea es su «debilidad espiritual», al estar formada sobre todo por «cristianos de creencias»¹. Señalo algunos hechos más significativos.

No es una exageración afirmar que no pocos cristianos viven espontáneamente lo que de ordinario se llama «religión». Encuentran en la Iglesia, en sus doctrinas y en sus ritos, el clima sagrado que todas las religiones cultivan para alimentar las necesidades religiosas de sus miembros. Ven en Jesús a Dios, imaginado y vivido según un universo mental configurado por la tradición doctrinal que han recibido, pero que, con frecuencia, queda lejos de aquel Jesús con el que convivieron los primeros discípulos y con el que se encontraron lleno de vida después de su resurrección. Es cierto que se repite una y otra vez el nombre de Jesús, pero no es para conocerlo mejor ni para hacerlo presente de manera más real, viva y concreta en medio de la comunidad cristiana, sino tan solo para tenerlo como base y presupuesto de un cristianismo convencional que lo configura prácticamente todo desde lo establecido.

¹ M. LÉGAUT, «Convertirse en discípulo», en *Cuadernos de la Diáspora* 2 (noviembre 1994), pp. 15-78.

De hecho, la relación que mantienen estos cristianos con Jesucristo es, sobre todo, consecuencia de una doctrina aprendida y no fruto de un encuentro vivo con su persona. No brota del amor a alguien concreto a quien se descubre cada vez con más hondura y pasión, penetrando espiritualmente en el recuerdo dejado por él en sus primeros seguidores; ni nace tampoco de la experiencia interior del Resucitado que alienta a la comunidad. La idea que se hacen estos cristianos de la presencia y la acción de Cristo en sus vidas va unida a la doctrina de la gracia y a la recepción de los sacramentos. Es una presencia pensada más que vivida; una doctrina más que una experiencia mística. Jesucristo tiene en bastantes de ellos el poder de una «idea-fuerza» que resume todo el cristianismo, tal como ha llegado hasta nosotros, pero no es el Maestro amado y el Profeta querido al que seguían los primeros discípulos ni el Cristo resucitado que inundaba de paz, alegría y aliento a las primeras comunidades.

Practicada así, la religión cristiana no suscita «discípulos» que viven aprendiendo de su Maestro y Señor Jesús, sino solo adeptos a una religión; no genera «seguidores» que, identificados con su proyecto, se entregan a abrir caminos al reino de Dios, sino miembros de una institución que cumplen fielmente lo establecido; no conduce a interiorizar las actitudes esenciales de Jesús para seguir su trayectoria de fidelidad al Padre, sino que lleva a observar fielmente las obligaciones religiosas. Es cierto que se continúa hablando de «seguir el ejemplo de Jesús», de «imitarlo» y de «pedir su ayuda», pero lo importante y decisivo no es vivir en Cristo, nuestro Maestro y Señor, reproduciendo su vida y actualizando su proyec-

to. La insistencia en la adhesión doctrinal, las llamadas al orden moral y la exhortación a la práctica religiosa han ido ocupando a lo largo de los años prácticamente todo el espacio vital de los cristianos². Condicionados a vivir así su fe, son bastantes los cristianos que se entregan con generosidad admirable a cumplir sus obligaciones, esforzándose por hacerlo cada vez de manera más perfecta. Corren, sin embargo, el riesgo de no conocer nunca la experiencia más originaria, gozosa y transformadora que es el encuentro con Jesús, el Cristo.

b) Mediocridad espiritual

Todo lo que venimos diciendo favorece el desarrollo de la mediocridad espiritual como fenómeno generalizado en la Iglesia de nuestros días. Esta mediocridad no se debe solo a la debilidad o la negligencia de individuos o sectores concretos (obispos, pastores, teólogos, catequistas, familias...). Es, sobre todo, fruto de un clima general que estamos creando entre todos por una forma empobrecida de entender y de vivir nuestra adhesión a Jesucristo.

Con frecuencia, nuestro trabajo pastoral se desarrolla de tal forma que tiende a estructurar la fe de los cristianos no desde la experiencia del encuentro personal con Jesús, el Hijo

² Cuando el seguimiento fiel a Jesucristo no ocupa realmente el centro de la Iglesia, se corre el riesgo de que las energías religiosas se desvíen hacia devociones, prácticas y esfuerzos de perfección ajenos a la experiencia de seguir con realismo los pasos del Jesús narrado en los evangelios (adoración perpetua al Santísimo, consagración al Sagrado Corazón, entronización de su imagen, etc.).

querido de Dios encarnado entre nosotros, sino desde la aceptación de unas creencias, la docilidad a unas pautas de comportamiento y el cumplimiento fiel de una liturgia sacramental. Pero solo con esto no se despierta hoy en nuestras comunidades la adhesión mística a Jesucristo ni la vinculación propia de los discípulos y seguidores.

Esta falta de vinculación personal favorece un estilo de comunidad cristiana marcada por diferentes servicios y actividades, pero donde Jesucristo está como ausente. Predicamos cosas sobre él, le damos culto en nuestras celebraciones, pero no logramos vivir «con los ojos fijos en Jesús, el que inicia y consuma nuestra fe» (Hebreos 12,2).

Es difícil evitar la sensación de que en nuestro modo de entender y de vivir hoy la fe cristiana se oculta una grave deficiencia. Una infidelidad de contornos poco precisos que no es fácil decir exactamente en qué consiste, pero que está ahí, en la raíz de casi todo, impidiendo un seguimiento más fiel a Jesús. Lo que nosotros vivimos hoy no es la experiencia de salvación que vivieron los primeros que se encontraron con Jesús y que más tarde quedaron sacudidos por la presencia transformadora del Resucitado. Entre nosotros falta unión mística con Cristo. Faltan seguidores de Jesús, faltan testigos del Resucitado.

2. La necesidad de un cambio decisivo

A pesar de este enfriamiento del contacto vital con Jesucristo, la Iglesia le ha permanecido fiel en lo esencial y ha sido capaz

de reencontrarlo de nuevo gracias a que siempre ha habido cristianos –hombres y mujeres– que se han encontrado con él, lo han acogido en su corazón, lo han reconocido como su único Maestro y Señor, lo han seguido con pasión y han contribuido a ponerlo en el lugar central que siempre ha de tener en la Iglesia y en las comunidades cristianas.

Como de los primeros discípulos, también de estos se puede decir que son «testigos» de Jesús que, llenos de su Espíritu, hacen «nacer» a la Iglesia como Cuerpo vivo de Cristo, que ha de ser recreado en cada época para cumplir fielmente su misión. Esto es lo que hoy necesitamos: «cristianos de creencias» que se conviertan en «discípulos»; testigos de Jesús que introduzcan en la Iglesia su Espíritu; seguidores fieles que contribuyan con su vida y su palabra a despertar la conversión de la Iglesia a Jesucristo.

a) La hora de la verdad

A nuestro cristianismo le está llegando la hora de la verdad. O dejamos de ser simplemente adeptos de una religión y nos convertimos en seguidores de Jesucristo o nuestro cristianismo corre el riesgo de desaparecer. Para ser cristianos se requerirá en el futuro una experiencia cada vez más viva de Cristo y una identificación cada vez más convencida con su proyecto. Algo que, por decirlo así, no parecía tan necesario en la llamada «sociedad de cristiandad». Sin embargo, en los próximos años se necesitará estar fuertemente arraigados en una adhesión personal a Jesús, propia de discípulos

unidos vitalmente a él. De lo contrario, la forma en que viven hoy no pocos cristianos su religión no podrá subsistir por mucho tiempo en una sociedad que socava lo religioso y distrae de todo planteamiento sobre el sentido último de la existencia.

El papa Francisco nos advierte que también los cristianos tenemos hoy «el riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, y que es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo cierto y permanente». El papa concluye de manera rotunda: «Esa no es la opción de una vida digna, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado» (EG 2).

Tal vez, lo más grave es que en la Iglesia hay sectores importantes que no se sienten atraídos por Jesús con la fuerza suficiente como para ser arrastrados por él. Con cristianos instalados en la práctica religiosa que no buscan una relación más vital con Jesús; que permanecen ajenos a su proyecto; que solo conocen el cumplimiento de sus obligaciones, pero no la experiencia de encontrarse con Cristo resucitado; que buscan instintivamente seguridad y viven alimentándose solo de lo que encuentran a su alcance para nutrir sus necesidades religiosas, no será fácil impulsar esa renovación cada vez más necesaria en la Iglesia.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
1 LA HORA DE LA VERDAD	11
1. La falta de vigor espiritual	11
a) Cristianos de creencias	12
b) Mediocridad espiritual	15
2. La necesidad de un cambio decisivo	16
a) La hora de la verdad	17
b) Un nuevo nacimiento de la Iglesia	19
c) Vivir en Cristo resucitado	22
2. ENCONTRARNOS CON EL RESUCITADO	25
1. Encuentro personal con el Resucitado	27
a) El núcleo de la experiencia de los primeros discípulos	27
b) Lo decisivo en nuestra experiencia	29
2. Encuentro de gracia	33
a) Sorprendidos por Jesús resucitado	33
b) Abrirnos a lo gratuito	34
3. La experiencia pacificadora del perdón	36
a) Perdonados por Jesús resucitado	36
b) Acoger el perdón del Resucitado	38
4. Acontecimiento transformador	40
a) Posibilidad de una vida nueva	40
b) Reorientar la vida desde Jesucristo	41

5.	La experiencia de «resurrección»	43
	a) Resucitar el seguimiento a Jesús	43
	b) Resucitar a una vida nueva	44
6.	Invitados a luchar por la vida	47
	a) Dios pone vida donde los hombres ponen muerte	47
	b) La lucha por la vida	48
7.	Llamados a evangelizar	51
3.	CRISTO ES NUESTRA ESPERANZA	54
	1. Una sociedad necesitada de esperanza	55
	a) Desmitificación del progreso	55
	b) Fin de la historia	56
	c) Pérdida de horizonte	57
	d) Disfrute de lo inmediato	58
	e) Vacío del «quehacer utópico»	59
	f) Las consecuencias de la «guerra económica»	59
	g) Crisis e incertidumbres de la sociedad globalizada	60
	2. Cristo, «nuestra esperanza»	62
	a) La resurrección de Cristo, fundamento de nuestra esperanza	62
	b) El Dios de la esperanza	65
	c) La humanidad tiene futuro	66
	3. La Iglesia, comunidad de la esperanza	67
	4. Perfil de la esperanza cristiana hoy	70
	a) Arraigada en Cristo	70
	b) Esperanza arriesgada	71

c) Esperanza crucificada	71
d) Paciencia en el sufrir	72
5. Algunas tareas de la esperanza en la sociedad actual	73
a) Abrir horizonte	73
b) Criticar la absolutización del presente ..	75
c) Introducir contenido humano en el progreso	76
6. Creatividad de la esperanza	77
a) Frente a un «nihilismo fatigado», confianza en Dios	78
b) Frente al pragmatismo científico- técnico, defensa de la persona	78
c) Frente al individualismo, solidaridad ..	79
d) Frente a la indiferencia, misericordia ..	80
4. LA EUCARISTÍA, EXPERIENCIA DE AMOR Y DE JUSTICIA	82
1. El fracaso de la celebración eucarística	83
a) Huida de la vida real	84
b) «El cisma entre el sacramento del altar y el sacramento del hermano»	86
c) La eucaristía como tranquilizante	88
2. La eucaristía, exigencia de amor y de justicia	89
a) La cena del Señor	89
b) La fracción del pan	94
c) La acción de gracias	99

d) Memorial de Cristo crucificado	102
e) Presencia del Resucitado	105
3. Celebrar la eucaristía como fuente de justicia y de amor	107
a) La liturgia del perdón	107
b) La liturgia de la Palabra	108
c) La oración de los fieles	109
d) La presentación de las ofrendas	110
e) La plegaria eucarística	111
f) La comunión	112
g) El domingo, día del amor y la esperanza	113
5. ORAR CON EL ESPÍRITU DEL SEÑOR	116
1. La oración como hecho humano	117
a) Del grito a la búsqueda de Dios	118
b) De la alegría de vivir a la alabanza	119
c) De la queja a la confianza	121
d) De la culpa a la acogida del perdón	122
e) De la caducidad a la esperanza	123
2. La oración cristiana	124
Invocar a Dios como Padre	125
3. La oración de Jesús	130
a) Invocación inicial	132
b) Los grandes deseos de Jesús	132
c) Las grandes peticiones por la humanidad	133
4. Recuperar la oración	135
a) Abrirse a Dios	135

b)	Algunas disposiciones básicas	137
c)	El acto de hablar personalmente con Dios	139
d)	Orar en la oscuridad	140
5.	Reavivar la oración	141
a)	La oración, trato de amistad con Dios .	142
b)	Orar desde la vida real	143
c)	Reavivar la oración vocal	144
d)	Aprender a meditar	146
e)	Frecuencia de la oración	147
f)	Condiciones externas	148

6. FIDELIDAD AL ESPÍRITU EN TIEMPOS DE

RENOVACIÓN	150	
1.	El olvido del Espíritu	151
a)	El Espíritu, vida de la Iglesia	151
b)	Cuando el Espíritu se apaga	153
c)	Hacia una Iglesia más abierta al Espíritu	154
2.	Conversión a Jesucristo como único Señor .	155
a)	El Espíritu conduce a la obediencia	155
a)	a Jesucristo como Señor	155
b)	Actualización de Cristo	157
c)	La comunión con el Crucificado	160
3.	Atención al Espíritu presente en toda la Iglesia	161
a)	El Espíritu está en toda la Iglesia	161
b)	No despreciar al Espíritu en los otros ..	162
c)	Humildad en el conflicto	164

4.	Fidelidad al impulso misionero del Espíritu	165
	a) El Espíritu impulsa a la misión	165
	b) Confianza en el Espíritu	167
	c) Audacia para la misión	169
	d) Una Iglesia abierta	171
5.	Obediencia a la creatividad del Espíritu en la comunión	173
	a) El Espíritu, creador de comunión y fuente de pluralidad	173
	b) Buscar la comunión del Espíritu en la diversidad	175
	c) Espiritualidad creadora de comunión .	177
	d) Sin miedo a la novedad del Espíritu	179
	e) La resistencia a la acción renovadora del papa Francisco	181
6.	Ungidos por el Espíritu de Jesús para evangelizar a los pobres	183
	a) El Espíritu envía a su Iglesia a los pobres	183
	b) La opción por los pobres, signo y prueba de la misión	185
7.	ESPERAR NUESTRA RESURRECCIÓN	188
	1. Cristo es nuestro cielo	190
	2. La comunión con Dios	192
	3. Nuestra plena realización	195
	4. El cielo serán los otros	197
	5. «Nuevos cielos y nueva tierra»	199

6. Mirar al cielo	201
a) Cercanía del cielo	202
b) Presentir el cielo	203
7. El cielo comienza en la tierra	206